

Visita a la casa de Jorge Isaacs

Todo comenzó en las oficinas del Consulado de Colombia, en Quito. Allí fui para visar mi pasaporte antes de viajar a Bogotá, una vez terminado el curso de verano, al que asistiera en la Universidad Central de la capital ecuatoriana.

Mientras esperaba turno para ser atendida, llamó mi atención un colorido *affiche* con fotografías de "El Paraíso". Y pensé: ¡Si tuviera tiempo!... El deseo quedó allí, en el fondo del alma, sin concretarse en propósito firme, interrumpido el pensamiento por los ires y venires del trámite burocrático. Al día siguiente partí. Desde el aeropuerto de Quito, modernísimo, recientemente inaugurado, el avión se elevó, dejando atrás las cumbres del Pichincha y del Panecillo, ceñidas de casas. Blanco y rojo, rojo y blanco de estampa colonial entre el restallante verde de las laderas sembradas y los platanales.

Se dice con frecuencia que "partir es morir un poco". Yo creo que viajar es una aventura que reconcilia con la vida. La única condición para sentirlo así es llevar livianas, las maletas y el alma, con algún rincón libre, aunque sea pequeño, para llenarlo de imprevistos; ver todo como el niño, con esa ingenuidad capaz de recrear en cada objeto un mundo nuevo; enriquecer anticipadamente

el espíritu con imágenes de sensaciones preguetadas.

El Guayas, como un pesado camaleón, se perdía rumbo al Pacífico, allá abajo... Sobre mis rodillas descansaba el diario que la azafata me ofreciera al iniciar el vuelo; leía, al azar, noticias de un país al que iba por primera vez. Entre todas me atrajo una, vinculada con un nombre conocido: Buga. La ciudad celebraba ese día las fiestas patronales del Señor del Milagro. ¡Qué sabor tienen estas fechas de regocijo popular! ¿Dónde quedaba Buga? Me informaron que no distaba mucho de Cali, etapa próxima de nuestro viaje. Decidí postergar mi llegada a Bogotá y quedarme en la capital del Departamento del Valle. Así continué, intuitivamente, mi contacto con el escenario de la novela de Jorge Isaacs.

Era el mediodía cuando ascendí al ómnibus que me conduciría a Buga. Bajo un sol ardiente, el húmedo calor del valle lo envolvía todo pesadamente. La ciudad quedó dormida en la siesta caliginosa. A lo largo de la carretera, las tierras sembradas exhalaban una verde frescura; las abiertas ventanillas la recogían ávidas, como bocas sedientas.

A mitad de camino, en el pueblo de Cerrito, gustamos la uva madura, jugo-

sa, que se cosecha allí cada tres meses. Las cestas repletas, sobre las cabezas de las vendedoras, confundían sus colores y sus aromas con las de los bizcocheros, los masiteros y los chicharroneros. Sus pregones nos recibieron y nos despidieron anticipando el clima de la fiesta bugueña. Algunos campesinos ocuparon los asientos aún vacíos. Aquí nadie viaja de pie. Es una oportunidad que no necesita el vallecaucano para demostrar su gentileza.

A las tres de la tarde llegamos a Buga. Estaba profusamente adornada con las banderas de Colombia, del Valle y del Vaticano. Sinfonía de rojos, morados, amarillos, blancos... sobre la ciudad, típicamente colonial. Casas bajas, muros encalados, techos de teja y románticas rejas de madera, pintadas de verde. Es una ciudad santuario, como la nuestra de Luján. Nos la recuerda con su inmensa iglesia catedral edificada frente a una amplia plaza, rodeada de recovas. En ellas se venden imágenes del Señor del Milagro, objetos religiosos de toda índole y también pueden gustarse, en quioscos improvisados, las infaltables comidas y bebidas típicas. En algún bar pequeño —el mostrador evoca el de nuestras pulperías— bebemos la tradicional “colada de avena”, hecha con el cereal, leche, azúcar y canela, todo cocido, colado y enfriado. Desde los estantes la desafían con su espeso y caliente sabor el anís verde y el vino de naranjo. Preferimos la bebida refrescante y probamos el dulce de guayaba, acondicionado en primorosas cajitas de madera, la chancaca y el chocolate en barra, suave y aromoso.

Regresamos a Cali al atardecer. Las campanas son un inefable milagro que prolonga el sortilegio de la celebración hasta que el ómnibus se pierde nuevamente en la carretera. La roja flor del “cachimbo”, es la única nota violenta que

hiera el azul serenísimo del cielo. Evocamos fuertemente la ciudad del Señor de los Milagros, las suaves maneras de sus habitantes, la paz infinita de sus patios coloniales y pensamos en la escena del almuerzo en la casa de Emidgio, el amigo bugueño de los Isaacs: “La sopa de tortilla, aromatizada con yerbas de la huerta, el frito de plátanos, carne desnuzada y roscas de harina de maíz; el excelente chocolate de la tierra; el queso de piedra y el agua servida en antiguos y grandes jarros de plata”.

Buga fue el pórtico de mi impensado viaje al paisaje de *María*. Sólo me faltaba completar su visión con una visita a “El Paraíso”. Tal es el nombre de una de las haciendas “de tierras calientes”, que los Isaacs poseían en la llanura del Cauca. Volver a Cali y pensar en ello fue todo uno. Alentada por mi propia inquietud y por la cordialidad de los vallecaucanos, me propuse el viaje para el día siguiente. Único medio: el ómnibus y luego un auto de plaza. En el primero llegué hasta Palmira, “la sultana del valle”. Surgida de la fecunda actividad del varón fuerte sobre la tierra fértil, Palmira es la urbe agrícola y ganadera más importante de Colombia, tanto como lo es su estación de experimentación agrícola, en donde se realizan investigaciones sobre caña de azúcar, cacao, algodón, arroz y frutales. El magnífico y regular trazado de sus calles, le permiten una progresiva expansión en una inmensa planicie sin protuberancias difíciles de vencer.

Desde su plaza principal, sombreada por palmas de altos y nudosos troncos, continué en un taxímetro el trayecto que faltaba para cumplir mi objetivo. Una hora escasa entre campos cultivados y de pastoreo. El cebú, señor de la llanura, paseaba su imponente giba entre los cercos de alambrados. Lo demás, quietud, silenciosa y fecunda.

ITINERARIO AMERICANO

Atravesamos un caserío congregado alrededor de la blancura de la iglesia antigua y simple. Es Santa Elena, la misma villa que Efraím cruzara como una exhalación en busca del doctor Mayn cuando María sufrió su primera crisis. Reconocemos el paisaje que describe Jorge Isaacs: "...planicies alfombradas de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacadas, que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o en sendas abovedadas por florecidos pisamos e higuerones frondosos".

El camino, senda ya, asciende lentamente hacia una colina verde. El conductor del taxi baja para abrir el portón pintado de blanco y franquea así la entrada a "El Paraíso".

Magnífico lugar; bella construcción. El techo a dos aguas, de teja roja, cubre las habitaciones y dos amplias galerías. La principal mira hacia el valle y recibe el sol de la tarde; es la entrada de la casa. La otra da al oriente y desde ella, se ven los picos de la cordillera central de los Andes colombianos, al pie de la cual corre el Cauca. Todas las habitaciones tienen salida a alguna de estas galerías. Las recorro lentamente, tratando de fijar la disposición y el arreglo. Están decoradas de acuerdo con el gusto inglés de fines del siglo XVIII. Se ha tenido cuidado de respetar cada ambiente dejando en él los muebles y objetos personales de quienes lo habitaron, no traicionando las citas de la obra.

Hacia la derecha, sobre la galería principal, está el escritorio de Isaacs padre. Todo conserva aspecto de nuevo, hasta la cajita con la tijera que según cuenta en la novela, solía ofrecer a María para que recortara sus patillas y barbas patriarcales. Algunas fotografías y cartas del novelista se conservan en marcos.

Frente al escritorio, sobre el ala izquierda de la casa, una habitación os-

tenta sobre el dintel esta leyenda: *Dormitorio de Efraím*. Entre ambos y con salida a la galería, están el oratorio, la sala y el comedor.

Respecto de la habitación de Efraím, debemos recordar que esta casa ha sido declarada Museo y Monumento nacional por el gobierno de Colombia y confiada al cuidado de la Municipalidad del Departamento del Valle. Por lo tanto, más que el homenaje a una familia, lo es a una época, a un romance sin igual en América y a la labor literaria que expresa con mayor fidelidad las características de una región: su flora, su fauna, sus costumbres. Su proyección universal merece el respeto del detalle que apuntamos. Todos sabemos que las acciones de la novela se suponen autobiográficas o a lo sumo se refieren al romance de una prima de los Isaacs con el hermano mayor, Lisímaco. De cualquier modo, el escritor se cuidó muy bien de revelar la verdadera historia si es que hubo alguna diferente de la que él narra en *María*. Lo importante es conservar para las generaciones, el espíritu que animó las páginas inmortales.

Al penetrar en las habitaciones de la casa señorial, algo sutil, misterioso, pero tangible casi, nos envuelve en una magia imposible de transcribir. Descendemos las escalinatas que comunican la galería con el jardín; nos aproximamos a la ventana de la habitación de Efraím. Las ramas de los naranjos acarician las rejas; por entre éstas atisbamos el interior. Es el mismo cuarto que describe Isaacs. Las paredes están empapeladas en un claro tono de habano. La cama, con cenefa, tiene cortinados y colcha blancos; cerca de la cabecera, sobre la pared, una imagen de la Dolorosa y en torno de la habitación cuatro mapas: dos de Colombia y dos del Valle del Cauca. La mesa lavatorio luce un juego de lavabo y jarra de porcelana floreada. Fren-

te a ella está el escritorio-biblioteca, sobre cuyo pupitre descansa el "diario", de Efraím. En la mesa de luz, el florero de porcelana azul, el mismo "que contenía trabajosamente en su copa azucenas y lirios, claveles y campanillas moradas del río".

Lo que más me impresionó, fue ver, en un rincón del cuarto, el fusil inglés, regalo del padre, con el que Efraím perforó la cabeza del tigre. La piel de la bestia, majestuosa, cubre más de la mitad del piso de la habitación.

Pasé luego al costurero, cuya puerta da a la galería posterior. Empapelado en azul claro, tiene muebles tapizados en seda roja, acolchada. Sobre la mesa de mármol descansa la rueca, sobre una silla el telar y una tela preciosa, a medio bordar cubre el costurero de pie. Testigo permanente de escenas íntimas, la guitarra que solía pulsar Emma, espera sobre el sofá, la mano que vuelva a arrancarle melodías.

La ventana está abierta, la brisa de la tarde agita el cortinado de fina puntilla ocre y en la magia de la hora y del recuerdo, reviví la escena en que María canta unos versos compuestos por Efraím (Jorge Isaacs) con música de aires populares colombianos:

"Soñé vagar por bosques de palmeras
cuyos blandos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras
cruzaban resplandores de rubí".

.....

Las baldosas de la galería parecen emular también el color de la piedra preciosa, tan brillantes y rojas se conservan. Los grandes tinajones de barro, con plantas tropicales, ponen la nota típica en medio de los muebles de estilo. La gramilla esmeralda que enmarca el patio se prolonga bajo los árboles de la huerta y entre los canteros florecidos — montenegros, mejoranas, claveles, ro-

sas—. Una suave pendiente oculta la pileta de pulidas piedras que recibe el agua del río para el baño: "Un frondoso y corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros, formaba pabellón sobre el ancho estanque de canteras bruñidas; sobrenadaban en el agua muchísimas rosas; era un baño oriental y estaba perfumado con las flores que en la mañana había recogido María".

Es difícil pensar que en tal escenario de fiel realismo, no se animen de pronto los personajes que protagonizaron la novela. La impresión se acentúa cuando un trecho más arriba, sobre la corriente del río, contemplamos la cabaña de techo pajizo y muros blancos, donde dialogaban los enamorados. Sobre su pared alguien ha escrito: "Aquí buscó María, en el reflejo de las aguas, el rostro de Efraím".

Nos queda por ver, el cuarto de María. Queda contiguo al de Emma y tiene acceso por la galería oriental. Es sobrio, arreglado en el mismo estilo de los otros. A los pies de la cama, un arcón conserva algunos vestidos. Sobre una mesita, en una caja con tapa de cristal, hay un par de trenzas negras. La que fuera su dueña nos contempla desde un gran cuadro pendiente de la pared. Su rostro agraciado, de blanca tez y finos rasgos de criolla, se anima suavemente entre la mata de cabellos negros, partidos al medio y sostenidos hacia la derecha de la cabeza con una rosa blanca. Es notable la belleza de los ojos, acentuada por la melancolía de su mirada. Como testimonio de la fe cristiana que abrazara, siendo sus padres y ella judíos, sus orejas lucen como pendientes, dos pequeñas cruces de oro.

Debemos regresar. La tarde muere detrás de las azules colinas. La casa se ha llenado de sombras, pero el jardín se enciende con los últimos rayos del sol en una orgía de colores, de perfumes y

ITINERARIO AMERICANO

de cantos de pájaros. Estoy frente a la vitrina en donde se encuentran todas las ediciones de la novela inmortal; en su interior una tarjeta contiene este pedido: "Rogamos a quienes visiten esta casa-museo, nos hagan llegar alguna edición de *María* que no poseamos". Es intención reunir allí la mayor y más completa colección de ediciones de la obra. Se conservan también dos poemas inspirados en el romance y su escenario, escritos por Ramón Becerra D. y Carlos Villafañe respectivamente. El del prime-

ro es un soneto titulado *María*; el del segundo, una composición en versos pareados cuyo título es *Evocación*. Escrito éste en "El Paraíso", en septiembre de 1956, es un bello homenaje al paisaje que fuera testigo de ese amor único. Contemplo por última vez las altas palmeras, el huerto, "la casa de María" y cobran vida los versos del poeta:

"Aquí bajo estos árboles, aquí bajo estas
[palmas
soñaron para siempre con el amor, dos
[almas".